



¿Islamismo radical o «islamofascismo»? Daesh a la luz de la historia del fascismo¹

Enzo Traverso, conversación con Régis Meyran

Muchos intelectuales o políticos han esbozado la comparación entre Daesh y los fascismos del siglo xx. ¿Qué opina del término «islamofascismo»?

Quisiera señalar de entrada que no soy ni especialista en el islam ni historiador del mundo árabe, pero me parece que un enfoque comparativo de la crisis que atraviesa el Oriente Próximo en la actualidad y la historia europea de los fascismos no carece de interés. Puede incluso resultar esclarecedor, si se toman las debidas precauciones y se evita equiparar mecánicamente experiencias históricas diferentes. Por otra parte, se hace necesaria una reflexión comparativa puesto que muchos analistas y líderes políticos están empleando la categoría de fascismo. Lo que me preocupa del término «islamofascismo» es su carácter ambiguo y equívoco. Todo el mundo lo utiliza, dándole significados diversos y con diferentes objetivos. Lo hemos oído en boca de Georges W. Bush, Nicolas Sarkozy, más recientemente Manuel Valls, en los discursos de Marine Le Pen y en los textos de algunos intelectuales, tanto de derechas como de izquierdas, incluso de extrema izquierda –en varias ocasiones, el filósofo Alain Badiou ha hablado de fascismo para referirse a los atentados cometidos por Daesh. Todo esto produce una cierta cacofonía. Salvo excepciones, se trata de un término blandido en la arena política, más que de una categoría analítica. De hecho, siento cierto recelo hacia este concepto, tanto por los usos políticos que conlleva como por su pertinencia, intrínsecamente débil.

1. El texto que aquí se reproduce traducido constituye uno de los apartados de la larga conversación mantenida por Enzo Traverso con Régis Meyran, publicada bajo el título *Les Nouveaux visages du fascisme* en la colección «Conversations pour demain», París, Les éditions Textuel, 2017 pp. 101-129.

Los medios de comunicación comparan a menudo con el nazismo los mecanismos de adhesión a Daesh y el comportamiento de sus miembros. Dado que estos individuos presentan una pulsión de muerte, unas ansias de destrucción y un desprecio por la vida que recuerdan en algunos aspectos al nazismo, ¿no está en parte justificada la comparación?

Pero es que el nazismo no se reduce a la pulsión de muerte o a las ansias de destrucción. Mis reservas no se dirigen en absoluto a minimizar la atrocidad de los crímenes cometidos por Daesh, un grupo que se caracteriza por su barbarie y su violencia extrema. Podríamos señalar incluso que, mientras que el nazismo intentaba ocultar sus crímenes, por ejemplo, escondiendo la existencia de las cámaras de gas, Daesh se dedica a exhibirlos espectacularmente. En cuanto a las atrocidades, las analogías son evidentes, pero siguen siendo superficiales.

El fascismo es un fenómeno plural, históricamente determinado: una familia política que se instala en Europa durante el periodo de entreguerras y que incluye regímenes muy diferentes, aunque todos me parecen bastante alejados de Daesh. Naturalmente que los fascismos y Daesh comparten su radical hostilidad hacia la democracia y las libertades modernas, pero si solo tenemos en cuenta ese común denominador nos arriesgamos a ocultar importantes diferencias. Por lo tanto, debemos intentar analizar las similitudes y las diferencias.

Un primer elemento a tener en cuenta es el papel de la religión en el fascismo. Al fascismo italiano y al nazismo alemán se los calificó de «religiones políticas» porque eran regímenes seculares que pretendían sustituir las religiones tradicionales por creencias paganas dotadas de sus propios sistemas de valores y de símbolos. Predicaban una auténtica sacralización de la nación, de la raza, del líder, del combate, etc., y erigían un culto a estos fetiches, organizado bajo una forma ritualizada, de tipo religioso. En pocas palabras, como bien comprendió Raymond Aaron durante la Segunda Guerra mundial, eran religiones de *sustitución*.² Pero desde este punto de vista, el fascismo italiano y el nazismo alemán son «religiones políticas» inacabadas: el fascismo alcanzó un compromiso con la Iglesia en los Pactos de Letrán (1929), mientras que el nazismo no llegó nunca a romper realmente con las Iglesias católica y protestante. Y por otra parte, otros fascismos incorporaron incluso a la Iglesia en su sistema político: el franquismo pudo así denominarse «nacionalcatolicismo». La Falange se integró en el régimen franquista convirtiéndose al nacionalcatolicismo, aunque en sus orígenes había sido un movimiento fascista ateo. De la misma manera, en Austria el canciller Engelbert Dollfuss proponía en 1933-1934 una especie de clérigo-fascismo. En Eslovaquia hubo un régimen fascista colaboracionista dirigido por una autoridad religiosa, católica, monseñor Jozef Tiso. Vichy es otro ejemplo de coexistencia de corrientes fascistas y católicas tradi-

2. Raymond AARON: «L'avenir des religions seculaires» (1944), en *Chroniques de guerre. La France libre (1940-1945)*, París, Gallimard, 1990, pp. 925-948.

cionalistas en un régimen colaboracionista. Así pues, ¿por qué no sería posible un régimen teocrático con rasgos fascistas? Este sería el caso de Daesh si consideramos su proyecto de reconstitución del califato. En este sentido, la comparación no parece del todo artificial. Pero es importante entender que Daesh no es una «religión secular»; se trata principalmente de una religión tradicional, interpretada de un modo integrista, que se ha politizado y radicalizado. Daesh no es un régimen laico que incorpora movimientos religiosos, como buscaba el ejército español el apoyo de la Iglesia católica durante la guerra civil. Es más bien lo contrario: un movimiento fundamentalista islámico que ha integrado en su dispositivo militar a sectores del antiguo ejército iraquí de Sadam Husein, a saber, el ejército de un régimen laico.

Otras afinidades conciernen a la organización del Estado (o a su embrión) y a la génesis de los movimientos. Si el fascismo consiste en la destrucción del Estado de derecho y la democracia con sus instituciones representativas (separación de poderes, libertades individuales y públicas garantizadas por la Constitución, parlamentarismo, etc.), Daesh podría ser definido como «islamofascismo». Allí donde se ha establecido ha suprimido todas las libertades y ha implantado un régimen de terror. También se da otra afinidad respecto al origen de Daesh y de los fascismos clásicos: el fascismo nace en una Europa desestabilizada por la Gran Guerra, concretamente en países como Italia y Alemania, en los que se produce un cuestionamiento radical del monopolio estatal de la violencia –característica definitoria del Estado moderno para Max Weber. La violencia del fascismo es el resultado de la brutalización de las sociedades europeas traumatizadas por la guerra. En este sentido, observamos un fenómeno similar en el mundo árabe actual: Irak y Afganistán han sido arrasados durante veinte años por guerras constantes. Y si tenemos en cuenta la mortífera guerra entre Irak e Irán, ¿son treinta años de guerra en el caso de Irak! Si olvidamos las consecuencias de estas guerras perpetuas la violencia de Daesh resulta incomprensible. No es una casualidad, además, que quienes cometen atentados en Francia hayan pasado primero por Irak o Siria, donde han podido habituarse a la violencia. Hay algo característico en ello, que trasciende por completo el integrismo religioso. Este último produce oscurantistas, pero no kamikazes, ni individuos capaces de ametrallar entre la multitud al azar. En resumen, Daesh no puede reducirse al integrismo islámico.

Todo lo anterior ofrece afinidades entre los fascismos y Daesh. Pero también habría que matizar la comparación. En primer lugar, existen diferencias relacionadas con la propia naturaleza de estos regímenes: por lo que respecta al fascismo, los historiadores distinguen entre fascismo imperial y fascismo de ocupación (en referencia a los regímenes colaboracionistas que, como la Francia de Vichy, surgieron en algunos países después de una derrota y que mantienen una relación de subordinación).³ El nazismo es por definición un fascismo imperial, la Fran-

3. Robert O. PAXTON: *Le Fascisme en action*, París, Le Seuil, 2007 [trad. cast.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005].

cia de Vichy es el caso típico de un fascismo de ocupación. Desde este punto de vista, podemos diferenciar entre el fascismo italiano hasta 1943 –un régimen que tiene el proyecto de convertir el Mediterráneo en un mar italiano y de construir su imperio estableciendo colonias en África, los Balcanes y Grecia– y la República de Saló, que es un régimen colaboracionista, que controla solo una parte del país y está sometido por completo a la Alemania nazi. El fascismo «imperial» surgió en Europa y comporta políticas de dominación y de conquista. Con su referencia al expansionismo del islam original, Daesh se relaciona con ese fascismo imperialista, a pesar de que, a diferencia de la Italia fascista o de la Alemania nazi en las que el expansionismo siguió a la creación y fortalecimiento del régimen, el Estado islámico se constituye y se estructura a través de su expansión.

A parte de las políticas de expansión y de conquista, ¿no existen otras afinidades?

Sí. Encontramos otra muy importante: más allá de su proyecto teocrático, Daesh encarna una forma de *nacionalismo radical*. El Estado Islámico es la expresión de una fractura en el seno del mundo musulmán que separa a sunitas y chiitas. Daesh representa un nacionalismo sunita radical, del cual obtiene su fuerza y supera su dimensión integrista. En el seno de Daesh no solo hay islamistas, también hay todo un contingente del antiguo ejército de Sadam Husein, formado por sunitas laicos que se han rebelado contra el poder chiita instaurado en Irak por los Estados Unidos. Nuri al-Maliki excluyó a los sunitas durante diez años y ellos se han tomado la revancha.

No obstante, el nacionalismo de Daesh es muy diferente de los nacionalismos fascistas. Desconoce la mística de la estirpe (*stirpe*) del fascismo italiano o el culto a la sangre y la tierra del nazismo. El fundamentalismo islámico posee una dimensión universalista ausente en los fascismos europeos; reivindica el principio de la *umma*, una comunidad religiosa que reúne a todos los fieles sin distinciones étnicas o territoriales, incluyendo la diáspora musulmana. Paradójicamente, un investigador como Moshe Zuckermann subraya las afinidades de esta concepción con el sionismo, mucho más estrechas que con el nazismo.⁴

Pero la comparación con el fascismo plantea problemas en muchos otros aspectos. Por ejemplo, hemos visto aparecer fascismos en América Latina, es decir, fuera de Europa. Ahora bien, estos fascismos llegaron al poder gracias al apoyo de los imperialismos, de las grandes potencias. En Chile, el más nefasto de los regímenes fascistas de América Latina se instauró gracias a un golpe de Estado organizado por la CIA. Véase también el caso de las dictaduras parafascistas en África, sostenidas en mayor o menor grado por las antiguas potencias coloniales. La

4. Moshe ZUCKERMANN: «“Islamofascism”: Remarks on a Current Ideologeme», *Die Welt des Islams*, 52 (2012), pp. 351-369.

fuerza de Daesh, por el contrario, se debe a que hoy en día muchos musulmanes lo ven como un movimiento de lucha contra el Occidente opresor. La definición de este movimiento como fascista resulta por ello problemática.

Además, no olvidemos que el fascismo propone una alternativa a la democracia liberal en el momento en que esta ha entrado en quiebra... En Italia, el fascismo ataca al Estado liberal que acababa de instaurar el sufragio universal; en Alemania, el fascismo ataca a la República de Weimar, una de las formas de democracia más avanzadas de Europa; en Francia, la Tercera República está en peligro; en España, el franquismo es una reacción a la Segunda República... Ahora bien, en la zona del mundo árabe donde nació Daesh nunca ha habido democracia. Por lo tanto, este grupo no es una reacción contra la democracia; más bien es un fenómeno que surge de la ausencia de democracia y se alimenta del rechazo a las dictaduras militares que han oprimido durante décadas a las sociedades árabe-musulmanas.

Finalmente, un componente esencial del fascismo clásico, incluso una de sus razones de ser, es el anticomunismo. Daesh ha evolucionado en un contexto internacional posterior a la Guerra Fría, en el que el anticomunismo no desempeña ya ningún papel. Podríamos decir, incluso, que el terrorismo islamista radical ejerce cierta atracción sobre un sector del mundo musulmán –en particular la juventud postcolonial en Europa– que en ciertos aspectos es comparable con la radicalización política polarizada por el comunismo en el periodo de entreguerras. El islamismo radical atrae a jóvenes musulmanes de las clases populares y de las clases medias que se convierten. Sirve para paliar la ausencia de un polo de atracción radical de izquierdas.

Diríase que se une usted a la tesis del politólogo Olivier Roy, para quien la atracción que sienten muchos jóvenes europeos por el yihadismo se debería a que la yihad es la «única causa disponible» en el mercado de las ideas –y sería comparable a la fascinación por la acción violenta entre la extrema izquierda de los años 1970...⁵

Sí, estoy de acuerdo con Olivier Roy. Creo que el despertar de una izquierda anticolonialista (ya no nacional-republicana) podría frenar las conversiones, la radicalización islamista y la marcha de jóvenes a Siria. Pero quisiera insistir en otra diferencia entre los fascismos y Daesh. Los fascismos aparecen al final de la Gran Guerra, a principios de los años 1920, como una alternativa a un orden liberal que se ha desmoronado. Pretenden ser movimientos que no tienen nada que ver con las viejas ideologías conservadoras y reaccionarias. No proponen

5. Olivier ROY: «Le djihadiste est une révolte générationnelle et nihiliste », *Le Monde*, 24 de noviembre de 2015.

ninguna contrarrevolución, ni restaurar un orden anterior. Mussolini escribe en repetidas ocasiones: «No somos conservadores en la línea de De Maistre». El fascismo se proyecta hacia el futuro, y quiere construir una nueva civilización, forjar un «hombre nuevo». Desde este punto de vista, George Mosse acierta al decir que existe un vínculo indirecto respecto de la Revolución francesa y el jacobinismo.⁶ El fascismo pretende ser un fenómeno revolucionario. Por ejemplo, introduce un nuevo calendario, como habían hecho los revolucionarios de 1789. El fascismo competía en este plano con el comunismo, que también proponía un proyecto de futuro. Daesh, por el contrario, nace en un siglo XXI que se inicia sin utopías. Extrae del pasado su proyecto de restauración del califato para paliar la ausencia de todo proyecto de futuro. Propone el imaginario y mítico califato de los orígenes. No posee la tensión utópica de los fascismos.

Por último, si hay una mecánica similar a la de los fascismos de entreguerras es la de la lógica de la revolución conservadora o, si se quiere, del «modernismo reaccionario».⁷ El fascismo retoma de la tradición conservadora ciertos valores –autoridad, jerarquía, orden– que articula con una aceptación entusiasta de la modernidad, especialmente de la ciencia y sobre todo de la técnica. La propaganda fascista es igualmente moderna, en la medida en que se inspira de las vanguardias europeas –en el caso del fascismo italiano, el acercamiento al futurismo de Marinetti; en el caso del nazismo, la propaganda también es innovadora, el imaginario colectivo se moldea por medio de símbolos y mitos que se difunden gracias a los medios de comunicación modernos. Las películas de Leni Riefenstahl y las «catedrales de luz» de los mítines nazis son un buen ejemplo.⁸ Pues bien, en Daesh encontramos algo similar: junto a un proyecto oscurantista y centrado en un pasado imaginario, la propaganda es extremadamente contemporánea, se transmite por Internet, utiliza el formato de videoclips... Un estudio reciente muestra incluso que los vídeos de propaganda de Daesh utilizan clichés estilísticos hollywoodienses: el encuadre, la tensión, el aspecto macabro... Según Claire Talon, «ya sea bajo la forma del péplum, del western, del thriller o de la ciencia-ficción, Daesh, como su predecesora Al Qaeda, maneja a la perfección los códigos del imperialismo cultural. Recicla, implacable, todo un batiburrillo orientalista que va desde Lawrence de Arabia a *Game of Thrones*, pasando por Salomé y San Juan Bautista».⁹

6. George L. MOSSE: «Le fascisme et la Révolution française», en *La Révolution fasciste. Vers une théorie général du fascisme*, París, Le Seuil, 2003, pp. 101-130.

7. Stefan BREUER: *Anatomie de la Révolution conservatrice*, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1996; Jeffrey HERF: *Reactionary Modernism. Technology, Culture and Politics in Weimar and tje Third Reich*, Nueva York, Cambridge University Press, 1986 [trad. cast.: Jeffrey HERF: *El modernismo reaccionario*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1990].

8. Peter REICHEL: *La Fascination du nazisme*, París, Odile Jacob, 2011.

9. Claire TALON: «Comprendre le djihadisme pour le combattre autrement», *Mediapart* del 5 de octubre de 2014.

Esto me recuerda los vídeos propagandísticos sumamente trabajados del reclutador Omar Omsen, accesibles en Internet, que hacen sentir al futuro yihadista que ha sido «elegido», que va a sumarse al grupo de los «puros» en una guerra necesaria contra las fuerzas del Mal: en este tipo de páginas web, una interpretación paranoica (con las omnipresentes teorías de la conspiración) le convence de que debe salvar el mundo y para ello debe perder su antigua identidad antes de renacer bajo la forma de un noble guerrero. Estos cortometrajes están rodados en un estilo que recuerda a los videojuegos actuales, y con una puesta en escena muy cuidada...

Es otro buen ejemplo. Pero quisiera llamar la atención sobre el hecho de que estas películas no son más que un simple accesorio en el arsenal propagandístico de Daesh. Es cierto que son ilustrativas de su habilidad para hacer uso de las nuevas tecnologías occidentales, pero también dejan traslucir algo más profundo. Lo vemos en la puesta en escena de sus crímenes, que poseen una dimensión mimética. Por ejemplo, antes de ejecutar a un periodista estadounidense o británico, lo visten con el uniforme naranja de los presos de Guantánamo. Así mismo, la espectacular puesta en escena de la violencia, de los autos de fe, de las decapitaciones... todo esto recuerda a las películas de suspense con las que Hollywood nos satura desde hace décadas. Cuando vemos las imágenes de los pickups circulando por el desierto, o de uno de los jóvenes que iban a perpetrar el atentado del Bataclan que se divierte arrastrando los cadáveres de los enemigos de Daesh, nos damos cuenta de que esa puesta en escena resulta a la vez del hábito a la violencia resultado de una estancia en Irak o en Siria y también de un imaginario de la violencia asimilado previamente en el mundo occidental. Por todo ello, Daesh se relaciona con la lógica de la «revolución conservadora» conceptualizada a principios del siglo xx –esa mezcla de oscurantismo extremo y de modernidad. Para Daesh la modernidad no es solo financiera, tecnológica y militar, sino también estética y mediática.

En los fascismos de antaño encontrábamos una irracionalidad vitalista que consistía en exhibir la fuerza física de los individuos, sus músculos, su potencia animal en una puesta en escena estetizada: una nueva raza forjada en el acero del combate de la Gran Guerra según Ernst Jünger.¹⁰ Esto resultaba completamente irracional desde el punto de vista filosófico, en la medida en que este elogio de la fuerza viril desembocaba en un desprecio por la vida y en una pulsión de muerte. Todo esto lo volvemos a encontrar en Daesh. La zona del mundo en la que nació Daesh ha sido desestabilizada y desestructurada hasta tal punto que asistimos a una pérdida de valor de la vida humana comparable a la que se pudo dar en Europa entre las dos guerras. En ambos casos, la muerte violenta se convierte en una

10. Ernst JÜNGER: *La Guerre comme expérience intérieure*, París, Christian Bourgois, 1997.

modalidad normal de la existencia, ha sido en cierta manera «naturalizada». *Sein-zum-Tod*, «ser para la muerte», la divisa del existencialismo heideggeriano, parece encontrar en la actualidad su máxima expresión en Irak, en Libia y en Siria.

Finalmente, si he comprendido bien, parece que existen numerosos puntos en común entre Daesh y los fascismos clásicos.

Estas analogías existen y hay que tenerlas en cuenta. Pero coexisten con las notables diferencias que ya he mencionado. Dicho esto, mis reservas con respecto a la noción de islamofascismo tienen mucho que ver con sus usos. Hablar de islamofascismo supone entender la lucha contra Daesh como una nueva lucha antifascista. Habría que movilizarse hoy contra Daesh como se hizo contra el fascismo en el pasado. Esto nos lleva a caer en la trampa de la «unión sagrada» y desearían que creyéramos que las guerras llevadas a cabo por los países occidentales en el mundo árabe en la actualidad son el equivalente de la guerra contra la Alemania nazi desarrollada entre 1939 y 1945. Pues bien, esto es falso: las guerras en el mundo árabe que tienen lugar desde hace veinte años son en realidad la matriz de Daesh.

El fundamentalismo islámico existe desde hace un siglo, desde el fin del Imperio otomano y los inicios de la descolonización, pero tomó la forma que hoy conocemos por una razón más contingente: porque esta parte del mundo se ha visto damnificada y desestructurada por las guerras, que son una de las causas de Daesh. De ahí que hablar de islamofascismo conduzca a avalar las guerras de Afganistán, Irak, Libia y Siria presentándolas como un combate necesario contra las fuerzas del Mal.

¿Qué vínculo se establece entre la religión y la ideología en el discurso yihadista? Según Olivier Roy, cuya tribuna en *Le Monde* ya hemos mencionado, el yihadismo no sería el resultado de una «radicalización del islam» sino de una «islamización del radicalismo»...

Encuentro muy apropiada esa definición. Algunos la critican afirmando que Roy minimiza la importancia de la religión en la ideología de Daesh, y añaden que hay que tomarse en serio el mensaje del propio islam, en tanto que causa explicativa. Por lo que a mí respecta, debo reconocer que con mi cultura y mi formación intelectual occidentales me encuentro bastante desorientado ante los mensajes de Daesh que reivindican los atentados, y no alcanzo a descifrar su lenguaje. No creo que se pueda considerar la religión como un estrato superficial y totalmente sustituible de la ideología de Daesh. Evidentemente, hay que tomar muy en serio la dimensión religiosa. Pero no veo en ella una «causa». La historia del islam

tiene varios siglos, pero solo en una coyuntura histórica precisa, la actual, una de sus facciones ha adoptado una dimensión terrorista. Bajo el Imperio otomano el islam parecía bastante más tolerante que la Europa cristiana, con la cual, por otra parte, ha mantenido siempre intercambios económicos, tecnológicos, culturales, etc.¹¹ Que existe una relación entre el islam y Daesh es evidente, igual que existe una relación entre el cristianismo y la Inquisición, con sus tribunales y sus sofisticadas torturas; que una explicación exclusivamente religiosa de su violencia sea suficiente y satisfactoria me parece más que dudoso.

En el fondo, es un debate muy antiguo. Desde siempre, la historiografía y la ciencia política anticomunistas nos han explicado que las raíces del gulag no deben buscarse en la historia sino en la ideología, que la URSS era una «ideocracia», etc.¹² El neoconservadurismo no ha cambiado sus esquemas ideológicos; solamente ha reemplazado al enemigo: el comunismo en la época de la Guerra Fría, el «islam radical» hoy en día.

Podría ser, pero no obstante, muchos comentaristas han insistido en el hecho de que gran parte de los jóvenes que viajan a Siria para unirse a Daesh no están islamizados, son sobre todo conversos recientes. Olivier Roy, por citar de nuevo, evoca el caso emblemático de un joven londinense que fue detenido en la frontera de camino a Siria llevando consigo un ejemplar del libro «El Islam para dummies». El argumento contrario, expuesto por el sociólogo Raphaël Liogier, señala que aquellos que, en Francia, han practicado por más tiempo el islam (incluyendo el radical) se ven más atraídos por el rigor y la literalidad salafista que por Daesh, que recluta sobre todo a jóvenes que pasan por una crisis personal o una pérdida de referentes...

Ciertamente, pero hablamos de Daesh, un movimiento en cuyo seno los yihadistas europeos no son sino una minoría, explotada como fuerza combatiente y utilizada por la propaganda para atemorizar a los países occidentales. No olvidemos que este movimiento no está dirigido por jóvenes marginados nacidos en Francia, Bélgica o Inglaterra sino por islamistas árabes. Conviene evitar dos interpretaciones antinómicas pero igualmente unilaterales: por un lado, una aproximación según la cual la religión bastaría por sí sola para explicar la violencia de Daesh; por otro, aquella que pretendería que el islam no desempeña ningún papel. Creo que hay que tener en cuenta una pluralidad de factores.

11. Jack GOODY: *L'islam en Europe: histoire, échanges, conflits*, París, La Découverte, 2006 [trad. cast.: *El islam en Europa*, Barcelona, Gedisa, 2009].

12. Véase, por ejemplo, Martin MALIA: *La Tragédie soviétique. Histoire du socialisme en Russie (1917-1991)*, París, Le Seuil, 1999.

Volvamos a la comparación con el comunismo. Este debate me recuerda, *mutatis mutandis*, a lo que escribía Stéphane Courtois en el *Libro negro del comunismo*,¹³ reduciendo el comunismo a una ideología criminal. Esta ideología criminal explicaría el gulag, la guerra civil rusa, el estalinismo... Si se pretende explicar Daesh de la misma manera, por el contenido malévolo del islam, se cae en una visión claramente islamófoba. Pero, siguiendo con la comparación, tampoco estoy de acuerdo en eliminar el peso de la ideología en la deriva estalinista de la revolución rusa. La ideología desempeñó un papel, y si bien no podemos atribuir a Marx los crímenes de Stalin, hay que analizar la relación existente entre Marx, el marxismo, la Revolución rusa y el estalinismo. No podemos eludir esta cuestión. Así mismo, es evidente que Daesh no representa la revelación del islam ni es su única representación posible, pero es *una* de sus manifestaciones. Volviendo a la comparación, la Inquisición no es la única manifestación posible del cristianismo, también existe la teología de la liberación. Pero no podemos descartar el hecho de que en el pasado se cometieron crímenes atroces en nombre del cristianismo, y hoy Daesh los comete en nombre del islam.

Sin embargo, podríamos objetar que el hecho religioso es ante todo un hecho social y que no se puede reducir la religión a una única esencia con multitud de manifestaciones diferentes: ¿existe una relación entre la Inquisición y la teología de la liberación? ¿Basta con que las dos provengan del cristianismo para establecer una relación? Así mismo, ¿existe una relación entre el islam de Averroes y el que reivindica Daesh?

La religión tiene raíces sociales; Marx lo entendió antes que Durkheim, pero no se reduce a un hecho social. Podríamos definirla si se quiere, como Marcel Mauss, como un hecho social *total*, lo que implica analizar un conjunto de elementos que contribuyen a darle forma. Por eso es importante dar una dimensión histórica al problema. Una de las claves de lectura del islamismo político y por tanto de Daesh, que es su manifestación paroxística, es la derrota de las revoluciones del siglo xx. Daesh no puede ser disociado del fracaso de las revoluciones árabes. Este movimiento nace de una guerra civil en Irak y en Siria que se alimentó de una revolución abortada. Las revoluciones árabes fracasaron porque no tenían proyecto político; trataban de ubicarse y no tuvieron tiempo de inventarse un futuro. Surgieron en un mundo sin utopías ni alternativa clara al orden mundial dominante. Existió un socialismo árabe, un nacionalismo panárabe. Hubo movimientos laicos en el mundo árabe. Por ejemplo, no debemos olvidar que en Irán

13. Stéphane COURTOIS: «Les crimes du communisme», *Le Livre noir du communisme. Crimes, Terreur, Répression*, París, Robert Laffont, 1997 [trad. cast.: *El libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión*, Barcelona, Ediciones B, 2010].

la revolución no se limitó a Jomeini; hubo un periodo de guerra civil durante el cual los religiosos eliminaron a todas las fuerzas laicas y ateas. En Siria, las fuerzas que impulsaron la oposición al régimen de Bashar al Asad formaban en su origen un movimiento laico y democrático. Además, no se puede obviar la responsabilidad de Occidente en el nacimiento del propio Daesh: Estados Unidos y la Unión Europea comenzaron a apoyar financiera y militarmente a los movimientos integristas de Afganistán contra los soviéticos, más tarde a los islamistas que se oponían a al Asad – muchos de los cuales se unieron después a Daesh. Por otro lado, como es bien sabido, Estados Unidos apoya a Arabia Saudí, país que tiene gran parte de responsabilidad en el nacimiento de Daesh. Turquía, la otra gran aliada de los estadounidenses en la región, ha bombardeado a los kurdos, a pesar de que eran los únicos sobre el terreno que se oponían a Daesh. Se trata de una crisis extremadamente compleja, pero es necesario tener en cuenta todos estos elementos para comprender el nacimiento de Daesh. En este caos, cuyo arquitecto en cierto modo ha sido Occidente, asistimos a la vuelta a la literalidad del islam o a su reinterpretación en términos de yihad moderna.

En efecto, no podemos ignorar este encadenamiento de acontecimientos tan complejos que implican en diversos grados a Estados Unidos, al igual que a los europeos. Dicho esto, el nacimiento de Daesh no es imputable en exclusiva a los Estados occidentales, es resultado de un mayor número de factores, muchos de ellos de escala regional, principalmente la existencia de un dictador como Bashar al Asad, y es difícil, por tanto, atribuir «puntos» de responsabilidad a uno u otro protagonista, ¿no?

Efectivamente. No soy ni especialista en el islam ni historiador del mundo árabe y me resultaría muy difícil jerarquizar analíticamente todos estos factores. Solo pretendo recordar la complejidad del escenario general. Pero para responder a esto me gustaría volver sobre la cuestión de la religión reinterpretada como ideología política: dado que diversas alternativas han quedado descartadas y desacreditadas en el mundo árabe en el curso del siglo xx –del socialismo al nacionalismo pasando por los movimientos democráticos y laicos–, lo que queda al final es un retorno a la religión. Mientras que todas las otras ideologías parecen transitorias incluso un engaño, el islam se mantiene como la única referencia sólida. Esta es la visión de Daesh como enemigo radical de los derechos humanos, de las libertades fundamentales, de la democracia. Pero si cambiamos el punto de vista, como exhorta a hacer la historia global, y nos situamos en la orilla sur del Mediterráneo, los derechos humanos, el liberalismo y la democracia occidental probablemente aparezcan como ideologías en cuyo nombre se han llevado a cabo guerras que han oprimido, destruido, exterminado y suprimido todas las condiciones que hubieran permitido el desarrollo de un movimiento

emancipador. Las «democracias» instauradas en Kabul y Bagdad bajo la forma de protectorados estadounidenses no han funcionado y las revoluciones árabes no las percibían en absoluto como un modelo. Desde este punto de vista, estas revoluciones fueron muy diferentes de las «revoluciones de terciopelo» de Europa Central de 1989, que se habían marcado como horizonte la occidentalización. Las revoluciones árabes querían derrocar las dictaduras militares –lo lograron en Túnez y, por un corto periodo, en Egipto– pero su horizonte democrático estaba por inventar, al igual que su proyecto económico y social.¹⁴ Daesh nació a consecuencia de este fracaso, y probablemente a su vez no sea más que una etapa en un proceso mucho más profundo de reconfiguración social y política de la región.

Comprendo, pero a pesar de todo la región sur del Mediterráneo también es víctima de Daesh, cuyas acciones la mayor parte de la población no apoya...

Daesh ha comenzado su declive y muchos observadores pronostican su caída en los próximos dos años. No cabe duda de que el régimen de terror que ha instaurado es padecido por la población civil, pero su expansión no se debe al azar y debe ser bien explicada. Ningún movimiento puede alcanzar una expansión territorial de tal magnitud, ni siquiera en una región tan inestable como el actual Oriente Medio, sin un apoyo popular.

Daesh encuentra también legitimidad por su oposición a las guerras occidentales que, desde hace quince años –con participación directa de Francia desde 2014– han producido incomparablemente más víctimas que los actos terroristas.

Efectivamente, el éxito popular de Daesh, aunque parece estar disminuyendo ligeramente hoy en día, es impresionante: en los últimos años, aproximadamente 30.000 personas al año han acudido del mundo entero para unirse a Daesh...

Esto nos lleva de nuevo a la cuestión del fascismo: que Hitler fuera ovacionado por la multitud tampoco era un hecho casual. En este sentido, el historiador italiano Renzo de Felice acertaba al introducir el concepto de «consenso» para explicar el fascismo.¹⁵ En efecto, el fascismo no se basó exclusivamente en el terror, sino también en el consenso de una amplia *mayoría* de la población. No digo que este sea el caso de Daesh, pero en todo caso una parte de la sociedad sunita de

14. Véase Gilbert ACHCAR: *Le peuple veut. Une Exploration radicale du soulèvement arabe*, París, Sindbad, Actes Sud, 2013.

15. Renzo DE FELICE: *Les Interprétations du fascisme*, París, Les Éditions des Syrtes, 2000 [trad. cast.: *El fascismo: sus interpretaciones*, Buenos Aires, Paidós, 1976].

Oriente Próximo se ve representada por este movimiento, o al menos lo apoya contra al Asad en Siria, contra el gobierno chiita en Irak y contra las autoridades pro-occidentales en Libia. Las guerras occidentales han matado más que Daesh; este un parámetro que hay que tener en cuenta al analizar la situación.

¿Podríamos hablar de «totalitarismo» en relación a Daesh?

A priori, me inclino a pensar que la noción de totalitarismo es más pertinente que la de fascismo para describir este fenómeno. El fascismo está circunscrito a una etapa histórica y su definición ha sido sistematizada en el plano historiográfico. Por el contrario, la noción de totalitarismo debe más a la filosofía política que a la ciencia histórica. Pensemos en el trabajo de Hannah Arendt que elaboró una teoría del totalitarismo construyendo una especie de «tipo ideal» totalitario, en el sentido de Max Weber. La noción de totalitarismo presenta, a mi parecer, limitaciones considerables, principalmente cuando se trata de historizar la violencia y las formas de dominación del siglo xx, puesto que utilizando este término se borran todas las diferencias y se esboza un paisaje gris en el que el comunismo y el fascismo son equivalentes –en pocas palabras, ya nada es inteligible. Sin embargo, en el plano filosófico-político la noción de totalitarismo resulta pertinente.

Pero, ¿cómo puede un concepto ser no pertinente en el plano histórico y pertinente en el plano filosófico?

Cuando hablamos de fascismo pensamos inmediatamente en experiencias históricas concretas. Cuando hablamos de totalitarismo entramos en la imprecisión... Sin embargo, Arendt da una definición. *Los orígenes del totalitarismo* nos ayuda a reflexionar sobre los mecanismos de dominación en el siglo xx, aunque no siempre sea extrapolable en términos históricos. Propone una genealogía históricamente discutible, a pesar de algunas intuiciones notables, pero logra definir de forma abstracta el totalitarismo como una nueva forma de dominación, diferente a las conocidas en el pasado, y centrada en una osmosis entre ideología y terror.¹⁶ Resumiendo sus palabras en una fórmula simple, podríamos decir que el totalitarismo es la *destrucción de la política* como espacio público en el que interactúan sujetos diversos. En un célebre ensayo titulado *¿Qué es la política?*¹⁷ escribe que la política no guarda relación con la *ontología*, el ser, puesto que se define por el *infra* –«lo que está entre»–, lo que supone al menos dos actores distintos y, por

16. Hannah ARENDT: *Les Origines du totalitarisme*, op. cit.

17. Hannah ARENDT: *Qu'est-ce que la politique ?*, París, Le Seuil, 1995 [trad. cast.: *¿Qué es la política ?*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1997].

tanto, una división del cuerpo social, el reconocimiento de una multiplicidad de actores, el pluralismo del mundo. El totalitarismo destruye esta diversidad, que busca reemplazar por una comunidad monolítica, homogénea, que no presente ninguna fisura.

Pero, evidentemente, el totalitarismo es un «tipo ideal»: en el caso del nazismo, por ejemplo, subsistía una sociedad civil y ahora sabemos que los diferentes segmentos de la sociedad alemana reaccionaron de maneras muy diversas frente a las Leyes de Núremberg o frente a los pogromos de la Noche de los Cristales Rotos. Una de las limitaciones de la historiografía centrada en la categoría de totalitarismo mantiene esa ilusión de que las sociedades alemana, italiana o soviética habrían correspondido perfectamente a la fachada exhibida por el régimen, lo cual es falso. Pero, al mismo tiempo, podemos decir que, tanto en la Alemania nazi como en la Unión Soviética o la Italia fascista, existió claramente la tentación de construir una sociedad totalmente homogénea. En este sentido, desde un punto de vista filosófico-político general, la noción es interesante, siempre que no la consideremos como una descripción suficiente de las experiencias históricas que hemos calificado de totalitarias. La destrucción de la política puede tomar caminos diferentes y la fenomenología de los regímenes totalitarios puede variar considerablemente según las ideologías y la base social. Afirmar que la Alemania nazi y la URSS de Stalin fueron totalitarismos puede servir para poner de acuerdo a todos los demócratas, pero no nos ayuda a comprender cómo nacieron estos sistemas políticos, cómo se desarrollaron y cómo se enfrentaron en un conflicto mortal que dejó mella en la historia del siglo xx, ni por qué los demócratas tuvieron que aliarse con el comunismo en su lucha contra el nazismo. Afirmar que Francia, Alemania y Japón son hoy democracias liberales es una obviedad, pero si nos limitamos a esta constatación no comprenderemos gran cosa de la historia de estos tres países.

Ahora bien, creo que la amenaza totalitaria que se perfila hoy en día no es la de la revolución comunista o fascista, sino más bien la de la eliminación de la política por un proceso global de reificación del mundo: un mundo en el que todas las relaciones sociales y humanas se convierten en meras relaciones comerciales, en el que nuestro comportamiento y nuestros deseos son moldeados por el mercado. El totalitarismo de hoy en día es un modelo social –yo diría incluso antropológico– en el que nuestro espíritu y nuestro cuerpo están orientados según una «conducta de vida» hecha de individualismo y competencia. Llegamos a lo que hace tiempo denunciaron Günther Anders y Theodor Adorno: nos estamos convirtiendo en apéndices del mundo de la mercancía. No encuentro otra forma de definir esto que como un universo totalitario. Esta noción abstracta sirve para presentar un horizonte de posibilidades inquietante.

Sin embargo, el totalitarismo de Daesh no tiene demasiado que ver con esta tendencia histórica. Se trata más bien de una respuesta regresiva a esta misma tendencia. Es cierto que Daesh combina ideología y terror, según el modelo

arendtiano, y que se trata de una forma muy particular de «destrucción de la política». Pero, como he señalado anteriormente en el curso de nuestra conversación, no destruye la democracia puesto que esta no existía en Irak, en Siria o en Libia. Daesh apela al islam, pero verlo como la revelación de la esencia totalitaria del islam, según las interpretaciones neoconservadoras habituales, sería como ver en el estalinismo la revelación de la esencia totalitaria de la Ilustración. Hannah Arendt consideraba el imperialismo –al que dedica toda la segunda parte de su obra– como una de las premisas históricas del totalitarismo. Esto es válido, sin duda, para el fascismo y el nazismo, bastante menos para el estalinismo y menos aún para Daesh.

Ahora que finalizamos esta conversación, ¿observa alguna relación entre Daesh y los movimientos políticos que usted califica de «postfascistas»?

El postfascismo caracteriza a las derechas radicales actuales, pero la naturaleza de Daesh es completamente diferente y asimilarlos es crear una categoría que no tiene ningún valor heurístico. No creo que el mundo actual sea más inteligible si vemos en Marine Le Pen, Donald Trump y Daesh las representaciones de un mismo fenómeno fascista o posftascista.

Traducción de Eva Montero Sánchez.